

---

**Alejandro LLANO**, *Caminos de la filosofía. Conversaciones con Lourdes Flamarique, Marcela García y José María Torralba*, Pamplona: Eunsa, 2011, 404 pp., 15 x 21,5, ISBN 978-84-313-2805-4.

Se tiene un grato recuerdo de conversaciones cultas, chispeantes, ingeniosas. Un placer semejante es el que nos proporciona el libro *Caminos de la filosofía*. Tres jóvenes y prometedores profesores que tienen en común haber hecho su tesis doctoral con el profesor Alejandro Llano, interrogan a su maestro en torno a su obra filosófica. A través de incisivas e inteligentes preguntas –hay toda una sabiduría en saber preguntar– van recorriendo el fecundo magisterio de Alejandro Llano Cifuentes, plasmado en más de 20 libros y abundantes artículos. Hay que agradecer a estos tres profesores (la mexicana Marcela García, Lourdes Flamarique y José María Torralba) por la agudeza y perspicacia de sus preguntas que permitieron a Llano dar cuenta de su trayectoria intelectual abierta tanto a las eternas cuestiones filosóficas como a candentes temas actuales. Bajo el formato de un diálogo se abordan cuestiones cruciales de teoría del conocimiento, de metafísica, ética y antropología. Aunque Llano descrea de estas artificiosas y convencionales divisiones en disciplinas filosóficas, se podría decir que estamos frente a una antropología fenomenológica y ética, arraigada en una metafísica mínima, capaz de dialogar con la ciencia, la literatura, la religión y la política. No considera fecundo que la filosofía se encierre y refugie exclusivamente en temas específicos y se haga demasiado técnica y ahistórica. Sin trasfondo filosófico el discurso social, artístico y cultural se trivializa. Es el pensamiento filosófico el que confiere profundidad y relevancia a la propia cultura. Asimismo sostiene que una de las debilidades de la filosofía más reciente es haber prescindido del enfoque teológico-religioso.

Llano denuncia y hace ver cómo hoy el poder económico, el poder político y el poder mediático van unidos. Estamos contemplando cómo los contestatarios de ayer son hoy los más dóciles escritores al dictado de quien tiene el dinero, estrechas relaciones con el poder público y canales de comunicación colectiva.

Una de las propuestas más originales es la que propugna de una «metafísica mínima», que intente superar lo que hay de menos interesante en la modernidad y desempolvar planteamientos clásicos que, en parte, han sido mejor vistos por la postmodernidad. En su «metafísica mínima» está la idea de que

no existe la metafísica, sino una metafísica. El intento (fracasado) de hacer la metafísica no es clásico, sino que es idealista, hegeliano.

Muchas de las preguntas que le plantean al profesor Llano giran en torno a Kant. Ello porque junto con haber sido el objeto de su tesis doctoral y de su libro *Fenómeno y trascendencia en Kant*, es reconocido como uno de los principales expertos en el filósofo alemán, al que sabe valorar por su filosofía de la contención, pero al que tampoco ahorra sus críticas desde una filosofía más cercana al realismo cognoscitivo. Llano es autor del conocido texto –que ya lleva muchas ediciones– de *Gnoseología* y del riguroso libro *El enigma de la representación*. En éste enfatiza el decisivo papel que juega la intencionalidad en el conocimiento, constantemente obstaculizada por el representacionismo. «La representación ya no es el camino hacia la realidad, sino que en muchos casos se torna como un fin que en rigor constituye un falso término. Éste es el fallo “técnico” más grave de la teoría kantiana del conocimiento, que repercute también sobre la ética, la cual se rige exclusivamente por la representación de la ley moral. La clave está en el concepto de intencionalidad y en el de acción inmanente o *praxis teleia*, que se halla en Aristóteles pero no en Kant».

Una de las aportaciones a mi entender más originales de Llano es la que plantea en *Metafísica tras el final de la metafísica* cuando sostiene que no se debe traducir el *ipsum esse subsistens* como el mismo ser subsistente. Tomás de Aquino con mucha más frecuencia utiliza expresiones como *suum esse* o *ipsum esse suum* para referirse al ser de Dios. Lo que subsiste en Dios, no es el ser, sino su ser, y esto cambia por completo el problema y lo resuelve. Estos planteamientos, que pertenecen genuinamente a Tomás de Aquino, cuestionan buena parte de la metafísica escolástica moderna e incluso en su versión neotomista. No margina la idea de participación, pero resulta adecuado matizar el modo de explicarla Fabro con la versión de Geiger. El tema de la participación hay que explicarlo de otra manera. No se puede entender que el ser participado por las criaturas sea el que Dios tiene plenamente. No hay un *esse commune*, que Dios poseyera en su totalidad y la criatura parcialmente, porque esto sería prácticamente panteísmo. Dios es plenamente su ser y las criaturas, tienen su ser propio, pero no lo poseen plenamente: es que las cosas finitas no son plenamente lo que son. Hay que prescindir en metafísica de la idea de totalidad. Ni siquiera Dios es un todo, porque su ser es distinto del ser de las criaturas: no las incluye. No puede haber un ser que sea todo el ser, porque eso llevaría al panteísmo. La metafísica mínima que propone debe evitar el pe-

ligro de cosificación –en parte debido a un erróneo presunto realismo– que impide una perspectiva trascendental.

Otro frente de preguntas giraron en torno al libro *Metafísica y lenguaje*. Llano advierte que ya desde el primer Heidegger y el primer Wittgenstein empieza a destacar la importancia del lenguaje. En la filosofía contemporánea, influida por estos dos pensadores, hay dos vectores fundamentales: el lenguaje y la historia. En ambos se da una valoración de lo escondido y el silencio, ambos son radicalmente antipsicologistas: el pensar no sólo trasciende lo mental y lo psicológico, sino que incluso el plano de la filosofía académica es puesta bajo sospecha. Llano sostiene que existe tanto una «vía metafísica» en el análisis del lenguaje como una «vía lingüística» en la metafísica. No ve inconveniente utilizar el análisis lógico-lingüístico para abordar problemas metafísicos como ya habían hecho los clásicos de la filosofía primera. Es consciente de que los problemas que se pueden resolver de manera exclusivamente lógico-analítica no son muchos, y no siempre de gran alcance. Asimismo comprueba que la tradición analítica está lastrada de empirismo y nominalismo. Sostiene que para evitar la completa inmersión en el lenguaje es crucial advertir que ciertos conocimientos se dan sin apoyo lingüístico. Son los primeros conceptos del entendimiento: ser, no ser, uno, otro, múltiple. En *El enigma de la representación* y en *Metafísica tras el final de la metafísica*, hay un intento de abrir camino filosófico a una segunda intermediación, ya no sensible, sino a una intermediación conceptual, que no equivale a la intuición intelectual racionalista o idealista. Llano plantea de modo original que en la simplicidad del concepto no hay posibilidad de error. Pero tampoco hay complejidad ni riqueza de ser. La verdad es por el momento una verdad ontológica, único apoyo en el inicio del conocimiento. El valor absoluto de la verdad y la vigencia incondicionada del conocimiento quedan netamente protegidos en el plano del *verbum mentis*. Eso sí, a costa de la «pobreza del concepto» frente a la «riqueza del juicio», que a su vez está abierta a la dualidad verdad/error. El concepto no tiene contenidos propios, sino que remite de inmediato a lo conocido. La representación es enigmática porque si bien es esencial distinguir representación de concepto, el propio concepto es un tipo muy peculiar y característico de representación. «Es la mejor representación, pues en cierta manera ya no es representación. Es tan buena representación que ni siquiera media». La forma conocida es la misma que la forma real, sólo que poseída con un ser intencional, que se agota en remitir a la realidad. La idea de que la forma es única resulta decisiva para Llano, porque, si no, se cae en el representacionismo.

Hay que conjugar, de modo que se identifiquen, tres actos: el acto del cognoscente, el acto de conocer y el acto de lo conocido. El concepto es lo único no natural que hay en medio de la naturaleza, concluye Llano.

Uno de los libros que hizo época hace veinticinco años, y plenamente vigente, es *La nueva sensibilidad*, en donde plantea «otro modo de pensar» en el que a través de la analogía se superen las aporías de la modernidad. Si bien el concepto es lo más radical en el pensamiento, sólo con la verdad del concepto no se puede avanzar. La dimensión del concepto es puramente semántica, mientras que el juicio se abre a la dimensión sintáctica y pragmática. Es en el juicio donde se constituyen las analogías. Recogiendo una afirmación de Gilson, Llano sostiene que Aristóteles no habría escrito el discurso del método, sino el discurso de los métodos. No se debe pedir capacidad de persuadir al matemático ni precisión al político. A cada uno de ellos corresponde un tipo de rigor diverso y, en principio, igual de exigente.

La tesis que atraviesa *La nueva sensibilidad* es la pretensión del «salvar la modernidad de sí misma» aunque para ello sea preciso dejar de lado su versión más convencional y conocida, la de la Ilustración. En esta obra se abordan proféticamente ecologismo, feminismo, nacionalismo y pacifismo. El esquema que le sirve de modelo para hacer este diagnóstico cultural está compuesto de dos niveles. Al superior lo llama tecnoestructura, que está compuesto por tres elementos: mercado, Estado, y medios de comunicación, todos muy entreverados. Al nivel más básico lo denomina «mundo vital», expresión que toma de Husserl, para designar el ámbito informal de las relaciones originarias entre personas, familias y comunidades. Llano considera que la característica de la modernidad tardía ha sido la «colonización de los mundos vitales». En cambio la postmodernidad propugna una tranquila rebelión de los niveles básicos de índole cultural más que económico y político. Las nuevas sensibilidades están enraizadas en el mundo vital. Por ello valora lo cualitativo frente a lo meramente cuantitativo; la solidaridad, en lugar de la competencia; lo emocional y entrañable, en vez del frío racionalismo; lo personal e insustituible, contra lo serial y repetitivo. Llano junto con proclamar esta nueva sensibilidad arremete contra el economicismo, la estima del poder, el funcionalismo y el pragmatismo. Propone una «desmercantilización de la economía» y una «desburocratización de la política», para que comparezcan públicamente los espacios de la solidaridad.

He ofrecido sólo un esbozo de la riqueza de este diálogo de tres inteligentes profesores con su maestro. Todavía habría que mencionar el impacto

político de *Humanismo cívico*, su libro lleno de admiración por René Girard, su ejemplar defensa de la verdad como fin de la universidad, el aprecio a la filosofía práctica, la relación entre filosofía y cristianismo, todo ello y más, salpicado de sabrosas anécdotas biográficas, de este importante filósofo español. En esta obra se encuentra compendiada su trayectoria intelectual. Se entiende por qué la Universidad de los Andes (Santiago-Chile) le concederá el doctorado Honoris Causa, honor que ya recibió de la Universidad Panamericana de México. Asimismo ha recibido el máximo galardón –medalla de oro– que otorga la Universidad de Navarra, su *alma mater*.

Jorge PEÑA

---

**José María BARRIO MAESTRE**, *El Dios de los filósofos. Curso básico de filosofía*, Madrid: Rialp, 2013, 251 pp., 12 x 19, ISBN 978-84-321-4250-5.

Aparece un libro de filosofía que recoge, una vez más, la famosa expresión del *Memorial* de Pascal, y que no ha dejado de inspirar composiciones como la que escribiera en su día Nedoncelle o más recientemente el mismo J. Ratzinger. En este caso se trata, como el propio subtítulo señala, de una obra introductoria en el quehacer de la filosofía, centrada básicamente en dos propósitos: mostrar de manera panorámica los temas y problemas de la Filosofía, siguiendo sobre todo la tradición de Aristóteles, y poner de relieve la centralidad que la cuestión de Dios tiene en el pensamiento filosófico de todos los tiempos, consciente el autor de que este problema de Dios ha nutrido –y nutre– lo más fecundo del debate filosófico desde sus orígenes en Grecia (p. 12).

El libro que presentamos consta de trece capítulos en total, agrupados en cuatro partes o bloques temáticos. La primera (Cuestiones introductorias) tiene dos capítulos: el primero (*¿Qué es filosofía?*) nos introduce en la noción clásica de la Filosofía, como esa ciencia de todas las cosas, por sus últimas causas y a partir de la luz natural de la razón; ciencia que se caracteriza más por lo que ignora o echa de menos que por lo realmente sabido, es decir, por ser una infatigable y constante búsqueda de la verdad, que caracteriza a todo hombre por el hecho de serlo. Su pretensión de radicalidad otorga a la Filosofía, ciencia de difícil definición, una de sus propiedades fundamentales. El segundo capítulo (*El gran mapa del saber filosófico*) nos asoma a las diversas ramas que constituyen este antiguo saber, agrupadas todas ellas en torno a una distinción